

Poesía Wallace Stevens fue ejecutivo y poeta, y su reconocimiento le llegó tardíamente, justo al final de la vida. De esa época son algunos de sus mejores poemas, recogidos en un volumen que hará las delicias de sus incondicionales

Con los pies en la tierra

Wallace Stevens
Poemas tardíos
Traducción de Daniel Aguirre

LUMEN
112 PÁGINAS
14,90 EUROS

JOHN WILLIAM WILKINSON

En un poema de 1939 dedicado a W.B. Yeats, que acababa de morir, escribió Auden estos renglones: “La poesía no hace que sucedan cosas; se limita a sobrevivir / en el valle que ella misma se crea, donde los ejecutivos / nunca se aventurarían”. ¡Caramba! ¿En qué lugar deja esta sentencia al poeta Jaime Gil de Biedma, abogado y alto ejecutivo de Tabacos de Filipinas? ¿Cómo puede esto encajar con el poeta norteamericano Wallace Stevens (1879-1955), abogado de la Hartford Accident and Indemnity Company, de la que fue nombrado vicepresidente en 1934? Es fácil formarse una imagen de un Stevens trajeado, metódico, severo y conservador, que pasó su larga y aburridísima existencia encerrado en su despacho revisando reclamaciones. Pero, guste o no, así es la vida de la mayoría de los escritores. Lo que pasa es que suele haber una segunda vida, una vida paralela o lateral en la que el artista da rienda suelta a sus inclinaciones, digamos que menos confesables.

A diferencia del grueso de sus coetáneos –Eliot, Pound, Frost, Marianne Moore, Hart Crane...–, viajeros o expatriados casi todos ellos, Stevens nunca salió de Estados Unidos. ¿Para qué? Lo que buscaba se hallaba dentro de él. Es indudable que cayó bajo la influencia de Santayana en Harvard, hasta el punto de afirmar en un ensayo que un incrédulo puede suplir su falta de fe en Dios con la poesía.



Wallace Stevens en 1950

GETTY IMAGES

Y pese a perfumar en los primeros años sus versos con esencias extraídas del simbolismo francés, su poesía habitaba un mundo más parecido al de su gran amigo William Carlos Williams (poeta y médico de provincias), aunque, como observó en una ocasión Auden –esta vez, con acierto–: “Asombra constatar lo diferentes que son los poetas americanos los unos de otros, un hecho que conlleva el peligro de que cada uno acabe parodiando su propio estilo”. Stevens evitó caer en la trampa.

Había cumplido 44 años cuando publicó en 1924 *Harmonium*, su primer libro. En una carta fechada a finales de ese año escribió: “Los royalties ya suman 6,70 \$. Tendré que fletar un barco y dar la vuelta al mundo con mis amigos”. Tamaño fracaso dio paso a seis años de silencio, durante los cuales, lejos de tirar la toalla, no cejó en su empeño de encontrar una manera de expresar en palabras la realidad circundante que le obsesionaba. “Ya se han escrito los grandes poemas sobre el cielo y el infierno –decía–, queda por escribir los grandes poemas sobre la tierra”. Sin embargo, privado de lectores críticos e inteligentes, sus nuevos trabajos resultan, a veces, un tanto impenetrables. *El hombre con la guitarra azul* contiene muchos estallidos de brillantez, pero también algún que otro rasgueo desacorde.

Se ha dicho que peca de ser un poeta demasiado cerebral, pero sus versos están llenos de colores

–sobre todo el verde y el azul, que empleaba con la maestría de los pintores que tanto admiraba– y vida, amén de animales, pájaros, árboles, plantas y ríos. E ideas, claro. Cuando los poemas funcionan las ideas llegan al lector envueltas en tanta belleza y sencillez que lo mejor es dejarse llevar e ir descifrando sus significados ocultos poco a poco, lo que proporciona un placer que sólo los grandes son capaces de comunicar.

Decía Stevens que el filósofo acababa desesperado; el poeta, realizando, porque la poesía satisface su imaginación. Y esa es la madre del cordero de su obra: la lucha entre realidad e imaginación. “Vivimos en el centro de un mundo físico” es una de sus frases más célebres. Los últimos años de su vida le trajeron el reconocimiento que tanto anhelaba, pero sobre todo lectores. Su *Collected poems* (1954) fue premiada en 1955, año de su muerte, con

Uno de los principales rasgos de su obra ha sido la lucha entre la realidad y la imaginación

el National Book Award y el Pulitzer. Escribió algunos de sus mejores poemas durante esa época. Lumen publica ahora *Poemas tardíos* en versión de Daniel Aguirre, que reúne los versos que no fueron incluidos en su premiada poesía reunida, y que harán las delicias de los incondicionales de Stevens.

Entre 1916 y 1945, la cara, de perfil y con mirada glacial de la Miss Liberty en las monedas de diez centavos norteamericanas era la de Elsie Kachel Moll, la esposa del ejecutivo poeta Wallace Stevens. ¿Realidad o imaginación? Para saberlo, el poeta sólo tenía que echar una moneda al aire y esperar que cayera a tierra. |

Ensayo / Poesía

Jugando con Rimbaud

Josep Forment
Forment
Arthur Rimbaud.
La belleza del diablo

ALREVÉS
24,95 EUROS
96 PÁGINAS

LAURA FERRERO

Dijo Yves Bonnefoy que para comprender a Rimbaud (1854-1891) había que leer a Rimbaud. A simple vista, esta cita parece que no entraña misterio alguno. Pero no es así. Él sólo publicó *Una temporada en el infierno*, el resto de su obra (*Iluminaciones*, *Poesías* y *Últimos versos y canciones*) son recopilaciones hechas a posteriori por editores y personas de su círculo más íntimo, como Paul Verlaine. Rimbaud escribía poemas y los incluía en la correspondencia con sus amigos o los entregaba en mano. Por tanto,

para entender a Rimbaud hay que leerlo, pero hay que leerlo de otra manera y de eso se ocupa justamente Josep Forment (Val d'Aran, 1962) en *Arthur Rimbaud. La belleza del diablo*, una original e insólita edición que nos da las claves para encontrar la verdadera voz del autor de la célebre frase de “yo es otro”.

Poeta maldito y representante del simbolismo francés, el mito de este *enfant terrible* está alimentado por algunos escándalos de su vida privada, como aquella acalorada discusión entre él y Verlaine que



Detalle del cuadro de Henri Fantin-Latour; Rimbaud está sentado en el centro ARCHIVO

acabó con dos disparos en la mano de Rimbaud. No era un angelito, pero sí un genio que revolucionó la poesía. Porque en él, el poema se mueve, es el lector el que permanece fijo, por lo que es absurdo querer analizar su obra atendiendo a las coordenadas modernas de cronología, autor y soporte físico. Josep Forment propone hablar de cartas poema y en esta particular edición las composiciones de Rimbaud son hojas sueltas sin numerar que destruyen la habitual linealidad de la lectura. El editor hace un alegato por la lectura libre y muestra que en muchas ocasiones los mecanismos editoriales no tienen nada que ver con las percepciones del autor acerca de su obra. Así, la obra de Rimbaud se convierte en un universo poético en continua expansión cuyo devenir sólo puede ser captado jugando con él. |